
ÍNDICE

PREFACIO I	11
PREFACIO II	15
1. Los leones y el arqueólogo	19
2. La búsqueda del eslabón perdido	27
3. La sabana y el arqueólogo	45
4. La evolución	53
5. La insoportable pesadumbre de la burocracia	63
6. La evolución del ser humano	69
7. Los años pioneros de Peninj	75
8. El primer eslabón perdido: el hombre de neandertal	83
9. El segundo eslabón perdido: el hombre mono erguido, <i>Pithe-</i> <i>canthropus (Homo) erectus</i>	89
10. Experiencias en el lago Natrón	97
11. El hombre de Piltdown. El fraude de un falso eslabón perdido . . .	103
12. Un eslabón muy antiguo: el mono austral de África	119
13. <i>Homo habilis</i> , el primero de nuestro género	131
14. Otro tipo de leones	143
15. Venimos del mono; más concretamente, del simio	151
16. Un paraíso terrestre	159
17. La aparición de las sabanas, la gran falla del Rift y el inicio del proceso de hominización	163
18. Leones contra leones	179
19. Y nos hicimos bípedos	185
20. Al rescate de las huellas de Laetoli	219
21. Los primeros <i>Homo</i>	225
22. Los primeros yacimientos arqueológicos de la humanidad: hogar, dulce hogar	233

23. La garganta de Olduvai	257
24. ¿En qué consiste ser humano? El papel de la carne y la caza	263
25. El inicio de la humanización y el alba de la inteligencia	269
26. Memorias de África	281
27. El origen de los humanos modernos en África	285
28. Reflexiones ante un ancestro	301
29. Neandertales	307
30. El <i>hobbit</i>	323
31. Reflexiones finales	331

PREFACIO I

Cada año salen al mercado varios libros de evolución humana. Unos cuentan la historia humana desde África, otros desde Eurasia, otros intentan combinar todo ámbito geográfico. Unos hablan de homínidos, otros de su arqueología; en su mayor parte, todos son descriptivos. Nos faltan libros que hablen de los procesos evolutivos que dieron forma a la humanidad. El presente libro nace con la ambición de cubrir ese espacio. Queremos contar la historia de la humanidad siguiendo la pista a su descubrimiento y al desarrollo de la paleoantropología como disciplina. Le seguimos el rastro a los descubrimientos de eslabones perdidos hasta llegar a la cadena de seres prehistóricos que conocemos en la actualidad. Y ello lo usamos como excusa para hablar de los procesos fundamentales que podemos debatir paleoantropológicamente y que le han dado forma. Nos centramos en los dos más importantes: la bipedestación y el surgimiento de *Homo*, nuestro género. Hemos intentado ser eclécticos al dar un tratamiento equilibrado a la parte paleontológica y la arqueológica. En todo momento hablamos de los homínidos en sus contextos ambientales. Y por si no fuera suficiente, hemos intentado aportar un punto de originalidad con respecto a otros relatos de evolución humana. Inspirados por el eminente naturalista Gerald Durrell, hemos intercalado entre los capítulos evolutivos capítulos de mi experiencia en África durante el cuarto de siglo que he estado trabajando allí. El libro se convierte en un híbrido de divulgación sobre la evolución humana y libro de viajes, para que el lector, en función de su estado anímico, pueda moverse entre capítulos, sin tener que perder el hilo de la narración si se salta alguno.

Esta es la historia de todos. Nadie nos escapamos de ella. Hace unos 2,5 millones de años convergen por un lado la aparición de unas criaturas protohumanas encefalizadas y los testimonios más antiguos del uso de la piedra como herramienta. Este hecho no es fortuito. Esta innovación evolutiva no

viene sola. Viene inserta en un sistema adaptativo nuevo que tiene su base en un incremento de la cooperación y en el establecimiento de lugares especiales en el paisaje de sabana que actúan como centros de la actividad subsistencial y posiblemente social. Todo ello ligado a la entrada por la puerta grande de esas criaturas al dominio de la predación, hasta entonces relegado a otras especies carnívoras y con las que entrarán en conflicto. El consumo de carne, la reducción del tracto digestivo y el aumento del encéfalo, la disminución del dimorfismo sexual, el aumento de tamaño corporal de *Homo ergaster/erectus*, el uso de herramientas líticas, la planificación en la utilización y explotación de recursos y la cultura humana forman parte de manera conjunta de ese nuevo sistema que se implanta con sus propiedades emergentes en ese momento del Pleistoceno inferior. Y no en cualquier sitio, sino en África, donde unos criterios de selección muy particulares nos dieron forma.

África, nuestra cuna, donde nacimos, pero también nuestra escuela, donde aprendimos a convertirnos en humanos. Una historia maravillosa que me ha ayudado a contar mi amigo Alberto Gómez Castanedo. Este libro es hermano de otro proyecto en curso en el momento en que esta publicación ve la luz: una exposición sobre evolución humana a partir del registro fosilífero de Tanzania. A Alberto le llamé un día porque desbordado por los compromisos no podía escribir el libro yo solo a tiempo para el evento. Alberto, que lleva años trabajando sobre cuestiones diversas de la evolución humana, ha leído todo, literalmente, lo que se ha escrito sobre nuestra evolución. Su amplio conocimiento y su facilidad de palabra me garantizaban que podía confiar en que íbamos a complementarnos bien en la redacción final de esta obra. Ha sido todo un placer trabajar con él en este libro que el lector tiene entre sus manos, que sea éste el que emita el juicio final al respecto.

Muchas son las personas a las que debo agradecer este periplo que me ha llevado este cuarto de siglo a África. Las matriarcas de mi clan (Catalina, Manoli y Mary) son las primeras por su apoyo incondicional. A Fernando Díez Martín agradezco haberme permitido usar el capítulo sobre primeros humanos modernos en África que escribimos juntos para la mencionada exposición. A mi equipo de investigación le agradezco su labor magistral en nuestras campañas en África. A Nani, Chris, Julio, Nuria y Willy les agradezco lo mucho que han hecho por mí en mi cuarto de siglo en África. A Murphy le debo el buen humor cuando las cosas salen enrevesadas. A todos aquellos colegas que han dedicado parte de su vida a ampliar el conocimiento de nuestros orígenes, les estoy reconocido mediante este libro. A todos aquellos que han apoyado nuestra labor durante estos años vaya mi reconocimiento más profundo. Agradezco su apoyo a María Eugenia Aubet y

a nuestro editor, José Luis Ponce, por confiar en la buena acogida de este libro. Finalmente, a nuestros lectores, primates excepcionales, nuestro agradecimiento por su interés. Relájense y déjense llevar a África, donde nuestra aventura comienza.

Manuel Domínguez-Rodrigo
Madrid, 2014

PREFACIO II

Estudiar la evolución humana es un ejercicio intelectual realmente gratificante. Conjuga un montón de disciplinas que te llevan a vivir constantemente una aventura sin fin. Un viaje a nuestro pasado más lejano en el que podemos ir de la mano de científicos de la Inglaterra victoriana, aquellos que se reunían en los clubes de caballeros, como Phileas Fogg, el entrañable personaje de Julio Verne, o de investigadores actuales tan admirables científicamente como John Hawks o Lee Berger. Todos ellos, en conjunto, han ido conformando una ciencia apasionante, la paleoantropología, que trata de develarnos los entresijos de nuestro tránsito evolutivo como especie dentro del reino animal, cuestión esta que, como ya dijera T. Huxley, acérrimo defensor de las ideas de Darwin, es la más importante para la humanidad. Una idea secundada por el filósofo I. Kant al afirmar que todas las cuestiones de la filosofía se reducen a la pregunta de qué es el hombre. Sin embargo, por atractivo que parezca el citado ejercicio también es hartamente complejo y prolijo. Obliga a estar permanentemente atento a las constantes publicaciones en prensa especializada y al incesante goteo de noticias en medios de comunicación que deben filtrarse para evitar caer en confusiones y malentendidos. No obstante, este es el trabajo del profesional, estar al día y tener presente permanentemente hacia dónde se encamina esta disciplina cada vez más holística y dinámica. Sin embargo, ¿qué ocurre con la gente no dedicada profesionalmente a este campo de trabajo pero, aun así, interesada en él? Pues que ha de saciar su curiosidad entre una pléyade de trabajos que basculan desde los más honestos intelectualmente, pero poco divulgativos, hasta una auténtica broza en lo que debería ser, supuestamente, un pajar documental comprensible. Se echan de menos trabajos asequibles y asimilables que permitan al lector divertirse y digerir cómodamente información actualizada a propósito de un tema de conocimiento que persigue al ser humano de forma constante.

Para alguien, como yo, entusiasta de la evolución humana, que Manuel Domínguez-Rodrigo le pida que escriba junto a él un libro es todo un honor y un privilegio. Es como si a un aficionado al baloncesto le permitieran jugar un uno contra uno los mismísimos Michael Jordan o Larry Bird. Sacudidos el grato asombro y alegría iniciales me puse manos a la obra, tratando de, lo más responsablemente posible, ayudar a conseguir a Manuel lo que perseguía, un trabajo documentado que pudiera ser leído de forma amena y divertida por cualquier persona interesada en el tema de la historia de nuestro pasado más remoto y que llenara el vacío referido antes. Dos hilos argumentales han sido esenciales; por un lado, el concepto de eslabón perdido, tan manido actualmente pero revisable en relación con su significado a lo largo de la historia. Por otro, las vivencias de un arqueólogo profesional en África, contadas de primera mano por su protagonista, acercando al público a ese apasionante continente, hogar de nuestros orígenes, su historia, su dinámica salvaje, natural y donde descansan nuestras memorias esperando ser contadas. Este texto conseguirá que el lector se divierta y comprenda un poco más y mejor de dónde viene y, por qué no, intuir hacia dónde va.

Yo también quisiera hacer expreso algún agradecimiento. Primero de todo al propio Manuel. Poco puedo decir de él que no se sepa ya. Es un buen amigo al que conocí hace años, cuando me inicié en el estudio de la historia de los homínidos, y su calidad humana tan solo es equiparable a la de su altura como científico, esto es, inconmensurable. Jamás creo que pueda agradecerle la confianza que ha depositado en mí. Su trabajo, esencial para mí en todos los sentidos, me fue dado a conocer por mi otro referente académico, también buen amigo, Jesús Emilio González Urquijo. Jesús ha sido el profesor que todo alumno despistado necesita para encauzar el rumbo y saber reconocer qué es lo que realmente le gusta. Su aguda inteligencia, espíritu crítico constructivo y su aliento permanente son impagables. No puedo olvidarme de Pedro Ángel Fernández Vega, antiguo director del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria, con quien tuve el honor de trabajar en el Plioceno de la museografía prehistórica en esta comunidad autónoma a la que catapultó, con su excelente trabajo, a la edad contemporánea y que me enseñó, sobre todo, a ver nítidamente que el ejercicio profesional del arqueólogo no es solo para el científico, sino también para el público. A José Yravedra debo agradecerle su amistad y su apoyo constante, permitiéndome incluso trabajar junto a él en alguna que otra ocasión. De él aprendo una enormidad, aunque es difícil no sacar nada de provecho de un cerebro en permanente ebullición como el de José, que lo mismo viaja a los niveles arqueológicos más antiguos de la garganta de Olduvai que a los territorios del norte de América frecuentados por lobos, un animal cazador que le apasiona y que le sirve de referente en muchos de sus trabajos tafonómicos.

No puedo olvidarme de mi mejor amigo, Raúl «Ruli» García Vigil. Él me resaltó la relevancia de figuras como la de «Mágico» González, me hace siempre tener presente la importancia de la observación, como Colombo, y está ahí constantemente, sin condición.

Un recuerdo inexcusable merecen también mis otros amigos, los de la frontera, cuyo calor es permanente; como la amistad de la buena de «Eugene». Tampoco puedo olvidarme de Toñín, mi escudo protector y antivirus infatigable. Mi familia es mi refugio. Mi padre, Alberto, mi hermana Raquel y mi cuñado Antonio me mantienen en el candelero y, especialmente, mis dos homínidos preferidos, Mateo y Mauro, con los que disfruto, aprendo y me sorprendo a diario.

Y cómo no, este trabajo, como todo lo que hago y pienso, es para ella, mi madre, Marisa, que me demostró que el papel de las madres en la evolución humana ha sido bastante más importante de lo que se ha considerado tradicionalmente.

Alberto Gómez Castanedo
Pedreña, 2014